

# El lugar de la mujer en la narrativa decimonónica

Consuelo Triviño Anzola

*Ella no existe, ella no puede ser;  
pero es necesario que exista.*

Hélène Cixous

Pese al protagonismo femenino en la narrativa española de finales del siglo XIX y principios del XX, el lugar de la mujer fue un asunto problemático para los autores de ese periodo. De hecho, la novela más importante, *La Regenta*, aborda el dilema de un ser que al hacerse visible con sus deseos, genera conflictos porque pone en peligro la estabilidad del sistema. Y es que como sugiere Teresa M. Vilarós: «A través de la historia literaria la mujer ha permanecido a menudo escondida en los márgenes, relegada a un segundo plano silencioso y secundario. Otras veces ha servido como pantalla o espacio en blanco en el que el hombre ha proyectado sus miedos, deseos, fatigas o fantasías, presentándose así la historia de la mujer como la historia de una imagen: la mujer como imagen fantasmal, como pantalla en la que el hombre se inscribe»<sup>1</sup>.

El periodo al que me refiero constituye el afianzamiento de los valores burgueses que se apoyan en las modernas teorías, entre ellas, el evolucionismo que sirvió de modelo de interpretación para las nuevas realidades. Las ideas de Darwin escandalizaron a los sectores más conservadores de la sociedad al echar por tierra la explicación sobre el origen divino del ser humano. Del impacto de estas ideas poco se ha ocupado la crítica en este país, salvo Diego Núñez en su excelente trabajo, *El darwinismo en España* (1969), donde recoge diversos artículos de opinión en los que se aplican las teorías evolucionistas a la interpretación de los fenómenos sociales del momento. Las explicaciones sobre el origen del hombre obligaron a replantearse no sólo los modelos arqueológicos sobre el pasado, sino también a definir el papel de hombres y mujeres de entonces<sup>2</sup>. En la narrativa se apre-

<sup>1</sup> Vilarós, Teresa M., Galdós: invención de la mujer y poética de la sexualidad, lectura parcial de *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 159.

<sup>2</sup> Sobre este tema se recomienda el artículo de M<sup>a</sup> Ángeles Querol, «Análisis del lenguaje utilizado en el tema del origen de la humanidad en Occidente, siglos XIX y XX», en *Mujer, ideología y población. II Jornadas de roles sexuales* (eds) Pilar Ortega, M<sup>a</sup> José Rodríguez Mampaso y Carlos G. Wagner, Ediciones Clásicas, 2001.

cia, sobre todo, en la construcción de los personajes. Miguel de Unamuno, por ejemplo, cuestiona en *Amor y pedagogía*, si la mujer se hace o nace, si es herencia o adaptación. Su pregunta surge en un momento en el que el debate sobre el feminismo en España proclamaba igualdad de derechos de las mujeres y los varones.

Lo cierto es que el conocimiento de las nuevas corrientes removió los cimientos de la sociedad, pero no implicó un cambio sustancial de las mentalidades. Las posturas más tradicionalistas y conservadoras, respecto a los conceptos de femenino y masculino, estrictamente mantenidas durante todo el siglo XIX –gracias sobre todo a la fuerza de la Iglesia Católica– no cambiaron en lo esencial. Ese posible cambio, que tendría lugar muchas décadas más tarde, se veía entonces como una amenaza a la estabilidad y la continuidad de las instituciones burguesas, como el matrimonio, donde la sumisión y la inferioridad de la mujer jugaban un papel fundamental.

También es cierto que autores como Baroja, Azorín, e incluso Unamuno, construyen personajes femeninos alternativos, a veces opuestos al modelo tradicional de mujer y a favor de un ideal moderno, pero en general, su ideología oculta grandes contradicciones que ponen en evidencia posturas conservadoras, clasistas y descalificadoras, tanto del género femenino, como de otros pueblos y culturas considerados inferiores<sup>3</sup>. Eugenia en *Niebla* es una mujer que quiere ser independiente y pretende ganarse la vida dando clases de música, pero es poco práctica al rechazar a un rico pretendiente para casarse con el hombre que ama. Eugenia y Fortunata son insensatas al no aceptar el lugar que la sociedad burguesa les asigna. Y es que cuando la mujer quiere hacerse dueña de su deseo, abre enorme interrogantes que emergen en el discurso narrativo. Surgen preguntas sobre su psicología, sus semejanzas o diferencias respecto al varón; sobre si tiene alma o si comparte el mismo origen del hombre.

Este interés por el tema de lo femenino tiene mayor o menor desarrollo, dependiendo de la lejanía o la cercanía de las mujeres en el relato, ya que no todos los autores le dan la misma importancia. *Clarín*, por ejemplo, convierte a Ana Ozores en el eje de un relato en el que confluyen corrientes tan irreconciliables que la anulan; Galdós intenta en todo momento construir al personaje Fortunata, asignarle un papel en la historia, el de dar la vida y asegurar la continuidad del orden burgués con su desaparición; Pardo Bazán condena a Manola a la vida religiosa para purgar la falta de unos

<sup>3</sup> Uno de los rasgos más llamativos de la narrativa decimonónica es su antisemitismo, sus argumentaciones racistas, en general, para explicar el atraso de España. Baroja, por ejemplo, esgrime argumentos de esta teoría en *El árbol de la ciencia*.

amores incestuosos, asegurando así el predominio del varón salvaje, al que le cede la herencia; Azorín corta las alas a Iluminada cuando le asigna el papel de esposa de un hombre sin voluntad. Blasco Ibáñez enfrenta a Lucha a la paradoja de experimentar el placer de aniquilar a su amante y de sufrir por no hallar una identidad como mujer; Baroja, en cambio, somete a la poco convencional Lulú a la pena de no tener hijos. Por otro lado, el discurso médico que en la literatura pretendía explicar la conducta femenina, se apoyó, sobre todo, en las teorías evolucionistas. Esto se aprecia en *La voluntad de vivir* y en *Los pazos de Ulloa*, por ejemplo. En *Amor y pedagogía*, en cambio, el personaje se encuentra atrapado en un discurso científico evolucionista, que le impide un acercamiento a las realidades prácticas de la vida asimiladas de manera «instintiva» por la mujer. En *La Regenta*, el personaje darwinista Frígilis cree en la bondad de la naturaleza, pero está fuera de la realidad. Por otro lado, en *La voluntad* y en *El árbol de la ciencia* el maestro y su discípulo especulan sobre las teorías evolucionistas.

### **La oposición naturaleza/cultura**

El dualismo jerarquizado del pensamiento occidental presenta en la narrativa decimonónica interesantes variables que merece la pena destacar, como el hecho de que se asocie a la naturaleza la brutalidad del varón y a la cultura, la mujer. En Pardo Bazán el Marqués de Ulloa responde al modelo de varón salvaje que detenta un poder, afianzado por el Abad, para quien «beber agua, lavarse con jabón de olor y cortarse las uñas, eran sinónimo de afeminaciones. La virtud para él debía ser montuna, cerril, puesto que un clérigo no debía perder su virilidad y el hombre debía oler a bravío desde una legua»<sup>4</sup>. Virtud viene del latín *vir* = varón, distinción excluyente que parece encontrarse en la raíz de una palabra de género femenino, pero consustancial al varón. Pero Julián, el capellán, hombre virtuoso desde los valores cristianos, altera con sus afeminaciones el modelo masculino. El Marqués de Ulloa es el varón que dicta las leyes, pero ejerce su poder sin respetarlas. Él se encuentra lejos de la civilización que, para Emilia Pardo Bazán, está marcada por el papel de la mujer: «cinco hembras respetadas y queridas civilizan al hombre más agreste»<sup>5</sup>. Para ella, la educación moral y

<sup>4</sup> Pardo Bazán, Emilia, *Los pazos de Ulloa (edición de M<sup>a</sup> de los Ángeles Ayala)*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 145.

<sup>5</sup> Pardo Bazán, Emilia, *Op. Cit.*, p. 228.

religiosa es la que permite ese proceso de «humanización» que conduce a una vida civilizada.

En cambio, en *La Regenta*, lo salvaje está en los deseos de una mujer que oscila entre el misticismo exaltado y el abandono del cuerpo a los placeres de la carne. Al decir de Blas Matamoro: «Ana es la mujer que intenta convertirse en sujeto activo de sus deseos, o sea devenir esa histérica que la ciencia de la época considera una enferma sexual o nerviosa»<sup>6</sup>. *Clarín* señala su naturaleza salvaje con la piel de tigre que descansa a los pies de la cama de Ana y donde ella hunde sus plantas desnudas. Pero el autor no hace una defensa a ultranza de los valores de la civilización (cultura urbana), enfrentada a la naturaleza salvaje (mundo rural), como Pardo Bazán en *Los pazos de Ulloa*. Para él, lo salvaje se encuentra en el fanatismo religioso, encarnado en la figura de un cura y apoyado por el tejido social. Tanto hombres como mujeres defienden las formas, al tiempo que desean la degradación de Ana. Pero detrás de Fermín de Pas, que simboliza el poder, se encuentra la madre, moviendo los hilos de la intriga. Ella proyecta en el hijo su desmedida ambición, ya que éste es para ella el instrumento de superación de su inferioridad de clase. Aquí no se defienden los valores de una civilización, cuestionada en una ciudad de provincia donde la única afición de los hombres es jugar en el Casino y donde las mujeres, que oscilan entre el confesionario y los amores clandestinos, se exhiben en las tertulias para provocarlos.

En *La voluntad de vivir* de Blasco Ibáñez se asocia a la naturaleza el deseo como exaltación vital, en contraposición a la ciencia que se aparta de las pasiones humanas. No obstante, la satisfacción masculina del instinto acaba con la voluntad de vivir del protagonista, pues la naturaleza ejerce una influencia nociva: la mujer se convierte en instrumento de aniquilación de la voluntad de vivir. En *La voluntad* de Azorín, la falta de voluntad del protagonista asigna a la mujer el papel dominante dentro del matrimonio. No obstante, para Azorín, el medio «natural» no es nocivo ni embrutece; embrutece el injusto sistema burgués, con sus instituciones, la propiedad privada, el matrimonio, la Iglesia y el Estado. En *El árbol de la ciencia*, el maestro Iturrioz ve en la naturaleza la misma brutalidad y rudeza de una sociedad en decadencia, debido a los vicios, generados por la pobreza y la injusticia social. Para Iturrioz, la finalidad humana: «cazar, guerrear, digerir» no se diferencia en nada de la animal. En consecuencia, lo «natural es malo» y lo artificial es bueno. Lo positivo para él son los logros de la civilización, la ciencia, la higiene y el progreso.

<sup>6</sup> Matamoro, Blas, «Magas, niñas, adúlteras y travestis», en *Lecturas españolas*, Barcelona, Universitas-63, 1994, pp. 149-165.

## La mujer, la naturaleza y el evolucionismo

El evolucionismo volvió su mirada sobre la naturaleza que en el pasado había sido idealizada por los poetas. Ésta encarnaba la inocencia y era considerada sagrada, en cuanto obra de Dios. El evolucionismo rompió ese sueño al plantear la teoría de que la humanidad era el resultado de un largo proceso evolutivo y no obra del Creador. Apoyándose en estas teorías, los intelectuales formularon un discurso en torno a la mujer, equiparándola al nivel de las hembras de otras especies, cuya función no era otra que la reproducción y el mantenimiento de la vida. Su papel en la sociedad sería el cuidado del hogar y la conservación del orden burgués; su contribución al progreso, el mejoramiento del hogar para que el hombre pudiese desarrollarse.

La relación mujer/naturaleza presenta posturas provocadoras, como en *Amor y pedagogía* donde, tras la parodia, se revelan opiniones descalificadoras; o reivindicaciones ambiguas, como en *Los pazos de Ulloa*, donde aparentemente se rompe esa oposición jerarquizada en la que la mujer se sitúa al lado de los valores negativos. En *Amor y pedagogía* Abito Carrascal quiere crear un genio (obviamente masculino) y elige a una mujer que sirva de instrumento a ese fin. Don Fulgencio responde así al dilema del padre, al ver que su hija es más lista que el hijo «educado para genio»: «—Cuanto más inferior es la especie, amigo Carrascal, antes llega a la madurez; según se asciende en la escala de la zoología, es más lento el desarrollo de la cría»<sup>7</sup>. Las preguntas que a Unamuno le sugiere el evolucionismo, aunque en clave de humor, son de esta índole: «¿...hemos de decir que la mujer nace y el hombre se hace, o viceversa, que nace el hombre y se hace la mujer?, ¿es la mujer de herencia y el hombre de adaptación, o por el contrario?, ¿cuál es el primitivo?, ¿o se han diferenciado de algo primitivo que no era ni hombre ni mujer?»<sup>8</sup>. Sobre las diferencias «naturales» y jerárquicas entre el hombre y la mujer, no hay duda. Para sustentarlas se recurre a un discurso científico sobre la base de especulaciones tan falaces que en la actualidad resultan pueriles.

*Los pazos de Ulloa* ofrece una galería de mujeres, desde las más primitivas y salvajes (la nodriza), hasta las más virtuosas y frágiles (Nucha, la esposa del Marqués). El médico que conoce las teorías de Darwin, establece una estrecha relación entre la mujer y la naturaleza: «A las mujeres se

<sup>7</sup> Unamuno, Miguel de (edición de Ana Caballé), *Amor y pedagogía*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, p. 107.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 108-109.

les da en la ciudad una educación más antihigiénica: corsé para volver angosto lo que debe ser vasto; encierro para producir la clorosis y la anemia; vida sedentaria, para ingurgitarlas y criar linfa a expensas de la sangre...Mil veces mejor preparadas están las aldeanas para el gran combate de la gestación y el alumbramiento, que al cabo es la verdadera función femenina»<sup>9</sup>.

La maternidad asociada a la mujer y a la naturaleza, también se afianza en *El árbol de la ciencia*. Andrés le dice a su futura esposa: «—El instinto de la especie es la voluntad de tener hijos, de tener descendencia. La principal idea de la mujer es el hijo, pero la naturaleza necesita vestir ese deseo con otra forma más poética, más sugestiva, y crea esas mentiras, esos velos que constituyen el amor»<sup>10</sup>. Y es que la mujer encuentra su lugar, sobre todo en la maternidad. Ejemplo de este paradigma es Jacinta, modelo ideal de esposa e hija, perfectamente preparada para el matrimonio, pero anulada por su esterilidad. Lo contrario de Fortunata, mujer del pueblo, dotada para la maternidad, aunque ruda e incapaz de asimilar el esquema de valores burgués. Su única opción es someterse a un hombre que no ama, alternativa que rechaza. Por eso la historia sólo puede resolverse con la eliminación de ese sujeto que se constituye en un elemento desestabilizador.

Al margen de su fertilidad o su esterilidad, el problema de la mujer es su deseo, esa fuerza que en las fantasías masculinas se presenta poderosa y terrible. Matar el deseo de la mujer es enterrar temores ancestrales. Por esta razón se hace necesario controlar el cuerpo de la mujer y esto es lo que se intenta con Ana Ozores. Por un lado, está el sacerdote que exige contención y recogimiento. Por otro, está el médico que le receta sublimar su deseo sexual con paseos al aire libre, y atención a los sentidos, consejos que despiertan los apetitos dormidos de Ana y la conducen a los brazos de Mesía. El amante, por otro lado, proyecta los deseos de hombres y mujeres a quienes su belleza incitadora les resulta incómoda. Pues al no tener hijos que la aten y ayuden a contenerse, ella es una pieza suelta hacia la que confluyen las miradas de una sociedad que la señala, margina y aniquila.

No obstante, en las novelas que he mencionado abundan mujeres que, sin ser madres, aseguran posiciones de poder en la sociedad. Pero se trata de figuras andróginas, seres fronterizos de férrea voluntad y desmedida ambición, que se disputan el lugar del varón, que quieren apropiarse de la ley del padre. Una de ellas es Lupe, en *Fortunata y Jacinta*, la viuda que se convierte en madre de unos sobrinos cuyas vidas maneja con la misma

<sup>9</sup> Pardo Bázán, *Emilia*, Op. Cit., p. 261.

<sup>10</sup> Baroja, *Pío*, Op. Cit., p. 271.

codicia con la que atesora el dinero. Para subrayar la masculinidad de estas mujeres sin hijos, el autor le amputa un seno a Lupe y le corta los cabellos como un hombre a Guillermina, una solterona que se dedica a realizar obras de caridad. Lucha, la amante de Valdivia en *La voluntad de vivir*, fuma y monta a caballo como un hombre y no manifiesta deseo alguno de tener hijos.

### Algunas falacias

Los aspectos ideológicos que subyacen en el interior del discurso narrativo denuncian las contradicciones en torno al tema femenino. En *Los pazos de Ulloa*, llama la atención que la autora fije los rasgos de lo femenino en personajes masculinos, como Julián, el capellán, cuya molesta ambigüedad le permite proyectar sus posturas misóginas: «No era su carácter muy jovial, propendiendo a una especie de morosidad soñadora y mórbida, como la de las doncellas anémicas»<sup>11</sup>. Así, a lo largo de la narración acentúa esa feminidad negativa del cura: «El valor propio de Julián era valor temblón, por decirlo así, el breve arranque nervioso de las mujeres». El personaje es consciente de los rasgos femeninos de su carácter y a sí mismo se percibe inferior «como las mujeres que por todo se afectan.» También es cierto que contribuye a ese menosprecio el que se trate de un ser fronterizo, un travestido, que vive la maternidad de Nucha como algo propio y que se estremece al tocar las ropas de un bebé.

En *El árbol de la ciencia*, la mujer parece libre de los prejuicios que la esclavizan. Lulú no es una mujer tradicional, además posee cualidades positivas supuestamente masculinas como la lealtad. No obstante, al señalar los defectos de los amigos, el narrador les asigna valores negativos, considerados de la condición femenina: «Aracil demostraba casi siempre una crueldad desdeñosa, sin brutalidad, de un carácter femenino». En *La voluntad de vivir*, el personaje elige mujeres con rasgos masculinos a las que animaliza para descalificarlas. La inferioridad de la mujer es subrayada por la propia Lucha cuando observa en el laboratorio del médico una serie de cerebros. Al ver uno pequeño piensa que «tal vez es de mujer», idea que el narrador confirma: «Todos los cerebros se empequeñecían y endurecían con la preparación, pero sí, era de mujer»<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Pardo Bazán, Emilia, Op. Cit., p. 291.

<sup>12</sup> Blasco Ibáñez, Vicente, *La voluntad de vivir*, Madrid, Editorial Cátedra, 1999, p. 275.

*La voluntad* también incurre en afirmaciones descalificadoras del género cuando Justina, la novia ideal, decide tomar los hábitos y entregarse a la vocación religiosa: «Las mujeres son las únicas que sienten el atavismo de esa cosa ridícula que llamamos heroísmo»<sup>13</sup>. *Amor y pedagogía* es un texto atravesado por la ironía, debido quizás a que en el momento de su escritura el autor sufría la experiencia de un hijo enfermo de meningitis, tragedia a la que se refiere en el prólogo de la segunda edición. La obra proyecta su escepticismo frente a la capacidad de la ciencia para superar el azar de la naturaleza. Pero sus planteamientos en torno a lo femenino responden a la mentalidad de una época claramente misógina. Los prólogos de Unamuno son muy reveladores y en el de la primera edición de *Amor y pedagogía* dice: «De Marina más vale no hablar; el autor no sabe hacer mujeres, no lo ha sabido nunca». Y sin embargo en la obra no hace otra cosa que señalarlas –a la especie obviamente– de forma negativa, medio en broma, medio en serio. Para los personajes, como para el narrador, la mujer será siempre la materia. Ahora bien, refiriéndose al cortejo amoroso, dice el narrador: «Ocurre, en efecto, con harta frecuencia que rodando por el mundo se encuentra el hombre con un gentil cuerpecito femenino que con sus aires y andares le hiere las cuerdas del meollo del espinazo, con unos ojos y una boca que se le meten al corazón, se enamora, pierde pie, y una vez en la resaca no halla mejor medio de salir a flote que no sea haciendo suyo el garboso cuerpecito con el contenido espiritual que tenga, si es que lo tiene». Pero el repudio por el deseo femenino se resume en *La Regenta* cuando se describe al acólito Celedonio que «daba una intención lúbrica y cínica a su mirada, como una meretriz de calleja, que anuncia su triste comercio en los ojos»<sup>14</sup>.

## Conclusiones

Las posturas negativas respecto a lo que se considera «la feminidad», así como la preponderancia de una estructura dual y jerárquica, a la hora de fijar los rasgos de lo femenino y de lo masculino, se afirman con las tesis evolucionistas que asignan a la mujer el papel de conservar la especie, es decir, ocuparse de los hijos y, de paso, del marido. La mentalidad androcéntrica que emerge de la matriz de la cultura que Pardo Bazán comparte con los demás escritores –pese a su aguda inteligencia– manifiesta sus

<sup>13</sup> Martínez Ruiz, José (edición de E. Inman Fox), *La voluntad*, Madrid, Castalia, 1989, p. 151.

<sup>14</sup> Alas, Leopoldo, *La Regenta* (edición de Gonzalo Sobejano), Madrid, Castalia, 1990.

temores e incertidumbre frente al destino de las mujeres, con los cambios que se aproximan con el siglo XX. Este temor se vive en un entorno en el que, como se ha dicho, el tema de la igualdad de las mujeres estaba a la orden del día. Sean como fueren esas proyecciones masculinas que intentan descifrar a la mujer, ponen en evidencia las fantasías de los hombres, que las prefieren casadas y a su servicio, pero al mismo tiempo rechazan la institución del matrimonio. Fuera de ese espacio, las mujeres sólo podrían ocupar el lugar de la amante, que obstaculiza su desarrollo. Por tanto, es preciso que las mujeres como Ana Ozores y Fortunata, desaparezcan. Es claro que para la mentalidad patriarcal, las mujeres no existían y cuando empezaron a existir, es decir, a desear (ser), se empezó a insistir en su dominación.

Presentado así el dilema de ser mujer, me parece oportuno terminar con esta cita de Hélène Cixous: «Que en la filosofía, la mujer está siempre del lado de la pasividad. Cada vez que se plantea la cuestión; cuando se examinan las estructuras de parentesco; cuando un modelo familiar está en juego; de hecho, desde que se debate la cuestión ontológica; desde que nos preguntamos qué quiere decir la pregunta «¿qué es?»; desde que existe un querer decir. Querer: deseo, autoridad, nos planteamos esa cuestión, y nos conduce directamente... al padre. Incluso es posible no darse cuenta de que no hay lugar en absoluto para la mujer en la operación»<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Cixous, Hélène, *La risa de la medusa*, Madrid, Anthropos, 1995, p. 15.

